

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 32.-Domingo 9 de diciembre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

BIOGRAFÍA CRÍTICA DE GALILEO.

(Continuacion)

Es cierto que no se encuentra en las obras de Galileo la descripción del termómetro, pero igualmente notorio es, que la mayor parte de las obras del gran filósofo toscano han perecido, fuera de que tampoco sería de extrañar que, preocupado con sus descubrimientos sobre el sistema del mundo, no pensara en dar la descripción de un instrumento que él mismo había comunicado á tantas personas. Por otra parte, nunca se debe olvidar que un profesor ninguna necesidad tiene de imprimir sus obras para hacerlas públicas; de lo alto de la cátedra las manifiesta y divulga por todo el mundo. En el espacio de veinte años, no cesó Galileo de publicar en esta forma sus descubrimientos, y bien se concibe que las ideas de un célebre maestro, en torno del cual corrían discípulos de todos los países de Europa, debían propagarse con una rapidéz increíble: esto mismo es lo que había sucedido con los experimentos hechos en Pisa sobre el péndulo; y esto también sucedió con el termómetro que sin embargo no encontramos mencionado en otros autores hasta mucho tiempo después.

Bacon no habló hasta el año 1620 de los *Vitruviana*, y los citó como una cosa conocida; Fludd, que hizo su viaje á Italia, volviendo á Inglaterra en 1605, no comenzó á publicar sus trabajos hasta mucho después; Drebell, á quien se han atribuido tantos descubrimientos maravillosos, dió á luz en 1621 la descripción de lo que se ha llamado su termómetro, el cual no era otra cosa que un aparato destinado á manifestar el poder que tiene el aire de dilatarse por el calor. Por otra parte, Drebell parece que casi ha copiado una indicación que se encontraba ya en los *Pneumáticos* de Porta. Con anterioridad á todos estos autores, Sanctorio, hombre de mayor mérito, tan conocido por su medicina estática, había ya descrito este instrumento en 1612; por fin, Sarpi, que jamás habló del termómetro en sus obras impresas, parece haberse ocupado de él en el año 1617. Bas-

tan estas fechas para asegurarle la prioridad á Galileo, pero no es menos cierto que semejante invención fue divulgada por otros, sin que se la encuentre en las obras de este gran físico: no obstante, siempre se ha omitido hacer mención del escritor que lo dió primero á conocer.

En la traducción italiana de 1606 de los *Pneumáticos* de Porta apareció por primera vez la indicación de una especie de termómetro, pero indudablemente se engañaría cualquiera que quisiese atribuir á Porta semejante descubrimiento: el físico napolitano, había adquirido el hábito de reproducir las invenciones de sus contemporáneos sin citarlas; por otra parte, no hallándose indicado el termómetro en la primera edición de esta obra, que había salido á luz en 1601, es muy probable que en el intervalo, había adquirido el autor conocimiento, á lo menos de una manera imperfecta, del instrumento que Galileo enseñaba ya á Castelli en 1603.

Si nos hemos detenido sobre este punto, no ha sido tan solo por la importancia del asunto de que se trata, sino para probar también por medio de este ejemplo cuantas pretensiones mal fundadas se han elevado contra Galileo. Afortunadamente, el ilustre profesor de Pádua rara vez se ha visto en la necesidad de invocar el testimonio de sus amigos; las mas de ellas se ha reclamado la prioridad únicamente por sabios que habían dado á luz sus escritos después de la publicación de las obras de Galileo, ó cuando sus descubrimientos eran conocidos y divulgados por todas partes.

No solamente este gran observador se dedicaba al estudio de la física y mecánica racional sino que se ocupaba también de la mecánica aplicada. En el año 1594 obtuvo del dux de Venecia privilegio de veinte años por la invención de una máquina hidráulica, y poco tiempo después inventó el *compas de proporcion*, instrumento muy útil para los ingenieros y que gozó por entonces de una aceptación extraordinaria: Galileo mismo enseñó á manejarlo á muchas personas.

(Se continuará.)



Origen é importancia de los periódicos.

(Conclusion.)



OCURRIÓ, pues, á Mr. Sallo el pensamiento de un folleto semanal contra los literatos de su época; púsole en planta, y hé aqui el primer periódico (1). La severidad, no siempre justa de sus juicios, y el arte de amenizarla por medio de rasgos chispeantes de malicia y donaire, rebelaron contra su obra á la pacífica república de las letras, amilanada bajo los tiros de una máquina bélica que periódicamente reproducía sus ataques. Representaron sobre su injusticia, quejáronse de su ponzoña, logróse su suspension; pero el paso estaba dado, y la feliz ocurrencia de Sallo habia de hallar por fuerza apasionados y sucesores. Asi fue en efecto; y si consultamos el bien que los periódicos han hecho á la política y á las letras, habremos no solo de aplaudir su invencion, sino de admirar cuánto les debe la cultura de las naciones. (2)

A ellos se debe esa lógica analítica aplicada con tanto fruto á la ciencia del gobierno, á ellos la energía de la discusion parlamentaria y el arcano de dar progreso interior á los mas insignificantes actos de la vida pública. ¿Hallárase ademas medio tan oportuno de correspondencia diplomática y científica? ¿Le hay mas á propósito para enlazar á los hombres de todos los países y hacer cosmopolita la opinion? ¿Mas enérgico para contener el siniestro predominio de una época, combatir las pasiones contemporáneas, é indagar el carácter de un pueblo, el de un gobierno, el de un escrito?

Recórranse las colecciones de periódicos que han contribuido al lustre de la Alemania filosófica, de la Italia artística, de la Francia política, de la Inglaterra mercantil, y se verá que han llevado como en hombros á la inteligencia humana, indicándola á par de estraviadas sendas el seguro derrotero. No nos daban los opúsculos mas que un fuego fátuo, una elocuente muestra de sátira y animadversion: débese á sus verdaderos hijos hilacion convincente, laudable constancia y variedad filosófica. Eran aquellos un sarcasmo momentáneo, la abispa que en cuanto clava el agijon piérdese zumbando por los aires; y han sido los otros un constante termómetro del espíritu del siglo, especie de cristal mágico en el que campea

limpia la verdad, sin embargo de que procuran envolverla mil preocupaciones y errores. En un folleto todo es vago; en un periódico todo lógico.

Hé aqui, pues, que el folleto hubo de limitarse á herir, mientras posee el periódico la prerrogativa de raciocinar: hé aqui como llegó á formar una especie de potencia intelectual, tanto mas predominante, cuanto mas preciada de libre y vigorosa. Arguye, en efecto, un gran principio de poder esa tribuna de la prensa pública, sostenida por gentes perspicaces y progresistas. La energía de sus ideas y el temple de sus principios sirven como de intérprete á la sedienta multitud que los sostiene y los aplaude. Los periódicos diarios casi han desterrado los folletos; las revistas semanales y mensuales van debilitando el ascendiente de los libros. Por acreditado que sea un autor, no se atreve ya á publicar en volúmenes sus propios escritos: anúncialos tímidamente por cuadernos, dáles un carácter periodístico, y encuentra de este modo quien se suscriba á un periódico literario, sin embargo de que seria escaso número el de los que comprasen un largo tratado científico.

Digamos empero que si, como hemos visto, ha traído el oportuno uso de los periódicos, notables beneficios al movimiento social, no serian menores los daños que acarreará el abuso de tan ingeniosa invencion. Prescindamos por un momento, de que tan útil como se manifiesta una oposicion franca, encierra inevitables riesgos la que no tiene otro objeto que alhagar las pasiones, desencadenarlas y ser el órgano de un partido usurpador. Las leyes, el convencimiento de los hombres, la firmeza de un gobierno patriótico pueden desvanecer este peligro, mas no tan facilmente el superficialismo, que va introduciendo en Europa la superabundancia de papeles públicos. En sus brillantes columnas bebe con ansia la juventud las doctrinas sin principios, el arte de exagerar opuesto al de convencer, el de mofarse mas bien que el de discurrir. Usana de tales lecturas, aficiónase á esa ilustracion enciclopédica, que en vez de formar sabios hace pedantes, asi como el diccionario de la rima, en lugar de formar poetas hace copleros. Hasta los que se dedican á merecer un renombre literario, prefieren tal vez los desvarios de una imaginacion delirante ó enfermiza al estudio sólido de los buenos modelos. El superficialismo cunde, desvirtúase en esas publicaciones flotantes el pasto intelectual, no es ya común el empeño de hallar nuevas verdades, de hacer filosóficas deducciones, de fatigar el espíritu analizando las materias; porque cultivamos solo la corteza del entendimiento, y nada nos embelesa como no lo salpimente algo de la veleidad milesia, ó lo que equivale á lo mismo, el estéril hechizo de una locucion frívola y chistosa.

Si considerando los esfuerzos de los que aspiraban en otro tiempo á la ilustracion, les acompañamos en sus viajes para comunicarse con los doctos; si les seguimos desenterrando las ruinas de antiguas ciuda-

(1) Empezó á salir en 3 de enero de 1665.

(2) Fueron de consiguiente los periódicos una especie de escritos auxiliares del entendimiento humano desde 1665. A ellos somos deudores de ese espíritu de emulacion que multiplicando la actividad de los hijos del saber, ha sido el origen de constantes observaciones y auxilios. Tan pálida fuera sin su polémica la historia de las ciencias, como la de la política sin las discusiones parlamentarias.

des en busca de las puras fuentes del saber, encenagadas entre tantos escombros; si les contemplamos registrando archivos, coordinando instrumentos, dedicando al estudio prolongadas vigiliass, ¿no admiraremos el vigor de sus ideas, ni la eficacia con que se entregaban á la composicion de obras inmensas? Erraron, es verdad, aquellos beneméritos varones, escasos de medios, de esperiencia, de proteccion; distrajerónse tras ingeniosas sutilezas y espléndidas quimeras; pero tales defectos, hijos mas bien del siglo que de los sabios, abrieron todavía la senda de los buenos estudios, escitaron la emulacion, y despertaron el buen gusto entre pueblos de áspera indole y de selvática fiereza. Y comparando sus extravíos con los nuestros, ¿no habremos de convenir en que ellos erraron caminando hácia la perfeccion, y nosotros erramos á fuerza de separarnos de ella? Aspiraban á ser sabios, y nos basta el parecerlo; amaban la soledad, y apetece el bullicio; deseaban sinceramente instruirse, y solo queremos brillar; sus órganos eran fuertes, los nuestros débiles; vigorosas sus sensaciones, las nuestras lánguidas; en una palabra, se elevaron ellos, y declinamos nosotros.

De aquí resulta la necesidad de dar el nervio y solidéz de que son susceptibles á esas fáciles publicaciones que todos leen, muchos comentan, y no pocos consultan. Cuando se reflexiona el bien que han hecho á la sociedad los buenos periódicos, hállase tan dispuesto el ánimo á rendir homenaje á la prensa, como á menospreciarla ó temerla leyendo los malos. Semejante al árbol de la vida, encierra la peligrosa virtud de hacer la felicidad de los hombres, ó precipitarlos en la desgracia; por lo que es muy del caso que unas composiciones que reclaman agudo criterio, penetrante raciocinio, y ático gusto; unas composiciones, decimos, que, formando de tan varias cualidades un todo agradable y selecto, casi esclusivamente desempeñan el ilustre sacerdocio del pensamiento, recaigan en personas de flexible ingenio y de conciencia política y literaria. Exigianse pruebas de capacidad para defender la inocencia, aliviar el cuerpo humano y enseñar varias controversias de escuela, mientras este ministerio de concordia y redencion era mas bien entregado al que manejaba fondos para emprenderle que al que podía blasonar de fuerzas para desempeñarle. Y hé aquí lo que nos mueve á concluir estas rápidas reflexiones, diciendo que nada parece tan empalagoso como el periódico palaciego, tan insignificante como el camaleónico, tan noble como el que sostiene los fueros del buen gusto en literatura, los de la verdad en la ciencia, y los de un progreso culto en la politica. ¡Cuán perjudicial seria el que solo contribuyese á un corruptor superficialismo, ó á un tiránico monopolio! La vehemencia de la tribuna, la mordacidad del libelo y la lógica de la controversia, cualidades que ensalzan á la vez la prensa periódica, emplearian entonces su casi irresistible eficacia en menoscabo de los mismos pueblos, que

advierten en su union ó alianza un celoso vigilante de su independecia y su cultura. No olvidemos que es cosa harto comun en la historia de los periódicos, el ver que por la influencia de uno solo se mejore el gusto de una poblacion, inspirando la filosofia en las artes, y vasta elevacion en las combinaciones políticas. El periódico debe lograr por sus luces el ascendiente de los antiguos profetas; solo de esta suerte será la columna flamígera que dirija á las naciones.

UNA IDEA DE AMARGURA.

¿Qué se hicieron los sueños seductores
Consuelo de mi mente y alegría,
Des que sintió mi pecho los ardores
De los suaves y cándidos amores
Que llenaron el alma de ambrosia?
¿Dónde está la esperanza idolatrada
Que cual faro brillante en dulce puerto,
Me tenia en delicias anegada,
Prometiéndome en su plácida mirada
Concederme aquel bien, por bello, incierto?
¿Qué es ya mi porvenir? Fantasma oscuro,
Sin ilusión, sin flores, sin encanto,
Que huella mi cerviz con cetro duro,
Y que pronuncia con acento impuro
La sentencia fatal de mi quebranto.

Suerte infeliz desde mi tierna infancia
Siempre ha nublado mi risueña dicha,
Y en medio de mi célica ignorancia,
Canté ya con mi plectro en disonancia
Los rigores de pérdida desdicha.

Tres veces me oprimió con mano fiera
La fortuna falaz sin abatirme;
Tres veces de mi vida en la carrera,
La graciosa esperanza lisongera
Intentó con su halago seducirme.
Y me sedujo al fin, y dila abrigo,
Y árbol fecundo floreció en mi seno,
Mientras el mundo de mi afán testigo
Me vió feliz en el amable abrigo
Que se mostraba de dulzuras lleno.

La vez postrera que preciosa y pura
Llena de encantos anidó en mi alma,
Fué en la edad del amor y la locura
Cuando anhelando la fugaz ventura
Pierde el mortal la inestimable calma.

Por eso entonces la esperanza mia
Cual flor nacida en el herboso prado,
Lozana y linda con vigor crecía,
Y sus blandos aromas ofrecía
A los besos del euro regalado.

Enagenada en mis felices sueños
Sobre lecho de mirtos y azahares,
Vivia en goces dulces y risueños,
Sin temer los terribles crudos ceños
De los negros y turbidos pesares.

La confianza de lograr dichosa
La gloria y el amor que me estasiaba,
Calmó algún tanto mi inquietud ansiosa,

Y sin la pena amarga y enojosa
Por feliz para siempre me juzgaba.

Venturosa tan solo con ficciones
Que podían llegar á ser verdades,
Sujetaba sin fuerza á mis pasiones,
Y disfrutaba de los gratos dones
Que convierten los seres en deidades.

Mas ¡ay! nacida en la aflicción terrible,
Condenada al pesar y crudo lloro,
Espuesta siempre al infortunio horrible
Que sigue fiero al corazón sensible
Que la virtud aprecia y el decoro:

Presa infelice del destino horrendo
Que se complace en mi letal desgracia,
Las ilusiones puras destruyendo
Que mi lozana frente circuyendo
Me ocultaban del mundo la falacia:

Infeliz y abatida en honda sima
Sin sombra de placer, perdilo todo;
Y la esperanza que feliz sublima
Al dichoso mortal á quien estima,
Triste déjame en el mundano lodo.

Desde aquel día para mí ha perdido
Sus mágicas dulzuras la existencia,
Y el corazón del anatema herido,
Renuncia para siempre entristecido
A los goces de pura adolescencia.

Una idea de llanto y de amargura,
Hija del mal que al corazón apena,
Es la que forma mi fatal tristura,
Y un porvenir de destrucción me augura
Cuya memoria de dolor me llena.

Y esta idea cruel que me amenaza
Con una vida sin quietud ni goce
Cuyo solo temor me despedaza,
Es la que me hace maldecir la raza
Que las prendas mas bellas desconoce.

Es la que hiere con dolor profundo
Y rigor sin igual mi pensamiento,
La que me aparta del mezquino mundo,
Y la que inspira con ardor fecundo
Estos cantos de espreso mi tormento.

Amalia Fenollosa.

LA REFORMA ECONOMICA.

Nos hacemos un deber en recomendar á nuestros lectores la adquisición del semanario que con dicho título ha comenzado á ver la luz pública en Madrid, bajo la dirección del aventajado escritor humanista D. Sisto Cámara.

Periódico de intereses morales y materiales la *Reforma económica*, se le debe considerar como una de las mas grandes y notables publicaciones del siglo XIX.

Los escándalos de la usura, las vejaciones del fisco, los conflictos de la población, las necesidades de la época, y cuanto tenga relación con los principios económicos y con los intereses públicos, serán el principal objeto de dicho semanario; pero á fin de darle toda la amenidad posible, y plegarle á los de-

seos y gustos de cada sexo, de cada clase, de cada individualidad, contendrá alternativamente, además de un estado en que se espondrán los precios corrientes de los principales artículos en los diversos mercados de España, curiosas é instructivas secciones de ciencias, literatura y artes, de estudios sociales, críticos, biográficos etc. etc.

El primer número que acabamos de recibir contiene once artículos originales cuyos títulos son:—Credo general.—Los diarios políticos mueren.—Reforma de correos.—Madrid y las provincias.—¿Qué es el comunismo?—A los padres.—Estudios indispensables.—A la prensa política.—La aristocracia antigua y la moderna.—Sección literaria.—Sección satírica.

Inútil es decir que todos estos artículos están tratados con sumo criterio y en las formas mas variadas.

La *reforma económica* es semanal y se publica en disposición de que pueda encuadernarse, á cuyo fin ofrece dar cada año una elegante y sólida cubierta, y un índice de las materias que contenga.

Ofrece además hacer por el tiempo otras importantes ventajas á sus suscritores, dándoles por de pronto las siguientes: 1.^a el obtener por la mitad de su precio EL ESPIRITU MODERNO por D. Sisto Cámara, obra utilísima y esencialmente necesaria para conocer los fenómenos sociales contemporáneos, y 2.^a dos reales mensuales de rebaja en el precio de la suscripción á los abonados á la *cuestión social*, obra del mismo Sr. Cámara, á los diarios *Eco del Comercio* y *Observador*.

El precio de suscripción nos parece módico comparado con el gran tamaño del periódico, su esmerada impresión y lo escogido de las materias. Es en esta ciudad el de 15 rs. por trimestre, y 24 por medio año, franco el porte.

AMOR DE HERMANO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

XXVII.



uis se quedó confundido en presencia de Leonardo. El lenguaje del último, incisivo unas veces, sarcástico otras, y siempre severo, produjo en el ánimo de Luis lo que su hermano había previsto.

Durante algunos momentos, ambos jóvenes permanecieron silenciosos. Luis, con la cabeza un poco

inclinada, no osaba levantar la vista.... ¡tanto rubor le habian causado los reproches de Leonardo!

Una lágrima apareció en los ojos de Luis.

—¡Esa lágrima—preguntó Leonardo—es de enojo, de vergüenza ó de arrepentimiento?

—De enojo y de vergüenza y tambien de arrepentimiento. ¡Oh, cuán miserable y mezquino soy junto á tí! Enojó me doy á mí mismo y me avergüenzo al pensar en lo que iba á hacer... Sin tu casual llegada á este sitio ¿qué hubiera sido de mí?... Tus palabras han llegado á lo mas íntimo de mi alma, y no serán perdidas, no, te lo prometo. Yo sabré, yo sabré en lo sucesivo hacerme digno de ese amor fraternal que me profesas y con el cual me envanezco. Yo sabré hacer que callen mis pasiones y que hable mi razón: yo abandonaré esos insensatos deseos que eran el tormento de mi existencia y seguiré incansable la senda del *deber*. ¡Necio de mí y loco y criminal! ¡Quería matarme! ¡matarme y dejarte á tí! ¡matarme sin tener en nada tu cariño! ¡Matarme! Es decir, que dudaba de Dios, de tí, de los hombres! ¡Ah! ¡Leonardo, Leonardo! Ignoro si habrás comprendido cuán grande es mi arrepentimiento; ignoro hasta qué punto te lo habrán espresado mis palabras; pero si estas no bastan, si estas no te convencen, calle la lengua y hablen los ojos.... digante mis sollozos.... digante este llanto que vierto.... lo que no puedo decir de otro modo.

—Bien, Luis, muy bien—dijo Leonardo—ese lenguaje te devuelve mi afecto que tu conducta habia entibiado. Por amargos que te hayan parecido mis reproches, solo han sido dictados por el entrañable cariño que te profeso. Yo sabia que la idea del suicidio estaba fija en tu mente y sabia tambien que no era esta la primera vez que habias tratado de ponerla en práctica. Yo te he dicho lo que te debia decir, lo que nuestro padre te diría si viviese. Has conocido tu error.... no hablemos, pues, de ese desagradable incidente....

—Sí, démoslo al olvido, y que nadie sepa....

—Nadie lo sabrá. Ahora—continuó Leonardo—ahora que estás tranquilo y satisfecho de tí mismo, hablemos de un asunto, que por lo que nos interesa á los dos, seria injusto dejarlo desapercibido.... Hablo de ese amor....

Luis hizo un gesto de sorpresa.

—No te estrañe—repuso Leonardo—que hable sobre esto, despues de lo que ha sucedido. No intento reconvenirte porque amas á quien yo amo.... eso entre nosotros seria miserable y mezquino....

—Pero de todos modos—replicó Luis—yo creo que seria mejor olvidar tambien ese amor.... yo no espero nada.... te he dicho y te repito de nuevo que seguiré la senda del deber, y mi deber es olvidarlo todo.... hasta esa pasión.

—En buen hora que trates de olvidarla.... Esta mañana te lo he aconsejado, pero... ¡y si no lo con-

sigues? Yo sé muy bien que hay pasiones tan profundas, tan arraigadas en el corazon humano, que no mueren ni con la ausencia, ni con las distracciones. Pues bien, si tu amor fuese tan profundo como todo eso.... si no pudieras dominarlo....

—Yo lo sabria ocultar en lo mas íntimo de mi alma.

—Sí, pero serias infeliz y maldécirías el día en que naciste.... y yo no quiero que así suceda.... no quiero que ese pensamiento de amargura profane el puro y santo recuerdo de nuestra buena madre.... ¡ay! ¡si allá en el cielo, la tristeza tiene cabida, nuestra madre se pondrá triste, al verte desdichado!—A mí me encargó que velara sobre tí, y mi vida entera la he consagrado á ese objeto.... Hoy, pues, que la casualidad vá á hacer la felicidad del uno y la desdicha del otro, hoy que mi casamiento va á destruir tu última esperanza.... hoy que es un día de vida ó muerte para tí.... óyeme bien, Luis, y fija en tu memoria mis palabras....—consulta tu corazon, consulta tus fuerzas, estúdiate á tí propio, ve si ese amor es necesario á tu reposo, ve si la ausencia, el tiempo y las distracciones podrán hacértelo olvidar.... y si despues de esto me dices, «no puedo, ese amor me es preciso....» yo romperé mi casamiento—¡aunque es grande el sacrificio!—y esa muger será tu esposa.

Cuando Leonardo concluyó de hablar, el semblante de Luis ofrecia el mismo aspecto que el de un hombre que no entiende lo que le dicen.

Leonardo volvió á repetir sus últimas palabras.

—¿Me has oido, Luis? *Esa muger será tu esposa.*

—¡Mi esposa!.... mia.... ella.... ¡Joaquina!

—Sí, Joaquina....

—Pero Leonardo.... no me engañes.... ¡no quieras burlarte de mi credulidad!—dijo Luis con tono de duda.

—¿Te he engañado alguna vez, Luis?

—¡Mia! ¡mia para siempre!—y añadió alzando los ojos al cielo.—¡Dios mio! ¡ya no envidio á los ángeles que rodean tu trono!

Y con los brazos cruzados y la vista radiante y elevada al cielo, estuvo en silencio durante algunos minutos; pero de repente se estremeció, pasóse la mano por la frente cual si quisiera desechar algun pensamiento, y se arrojó en los brazos de Leonardo, exclamando:

—¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡yo no puedo permitir eso, yo no puedo aceptar una felicidad que ha de ser á costa de la tuya! Los dos os amais, los dos sois dignos uno de otro.... ¡sed felices los dos! ¿Has podido pensar que yo consentiria en tan inmenso sacrificio? ¡Ah! no, nunca, nunca. Yo soy quien debo hacerlo.... ¡me costará tan poco! Yo no he sido amado de ella y tú sí.... La olvidaré, me apartaré de estos lugares, viajaré y volveré despues á ser testigo de vuestra dicha.

Leonardo quiso insistir en lo que habia dicho,

pero Luis le puso su mano en la boca y continuó diciendo....

XXVIII.

Ya van dos ó tres veces que hemos cortado el hilo del discurso; pero esta última no ha sido culpa nuestra, sino de la *persona* que nos proporcionó los *apuntes* para la formación de la novela, ó mejor dicho, de Luis, que hablaba tan aprisa, que no podían seguirle los taquígrafos.

Sentimos cuanto puede sentirse que los lectores queden defraudados en sus deseos de saber lo que dijo Luis, y ya que no podíamos decirles otra cosa, les diremos, para satisfacer en parte su curiosidad, que los dos hermanos continuaron su conversacion hasta la hora de anocheecer, y que—según todas las probabilidades—no debió ser su plática muy interesante.

Pedro Pruneda.

(Se continuará.)

MADRID DAGUERREOTIPADO.

UNA TARDE EN EL ARIEL.

I.



E preguntareis quizá qué es el Ariel, ¿no es cierto?—Pues es una pregunta que ofrece dificultades, porque no sé á punto fijo definirla: hay cosas que solo las comprenden aquellos que las manejan. Por mi parte lo que si sabré deciros es que el Ariel en Madrid es un centro de vida para cierta clase de la sociedad, y que sin ese centro de accion, esa clase diria que arrastraba la amarga existencia sin color ni sabor. Ya por esto se deja traslucir el papel tan importante que jugará la cosa en la corte. Corre una semana de trabajos y de escaseces, y todos esos momentos de silencio y sufrimiento suelen ser encubiertos bajo el prisma de una ilusion. El dia de fiesta llega y todo se olvida; hay un dia mas de libre placer.—¿qué importa lo demas?—Mañana será de faena y privacion.

Tal es la exacta cuenta que se forman todas las alegres criaditas y candorosos horteras que pululan en la coronada villa, porque para esas dos especies, porque especies son si se es prolijo en la definicion, no hay mas que una sola verdad en el mundo de las pasiones; la libertad y el goce. Lo demas queda escluido del diccionario de los deberes.—Y lo demas, ¿qué importa?—Para ellas no hay término medio; y esto es tan cierto, que no hay mas que colocar la *caja daguerreotipadora* frente á sus narices, y al mo-

mento opera la traslacion al cuerpo metálico de todas sus disformes caricaturas.

Madrid es el reverso de la medalla de las capitales de provincia: presenta ancho campo para las almas volatilizadas: la sociedad suele ser víctima del capricho de unos pocos, aun cuando á esos caprichos haya que sacrificarse el mayor de los deberes. Lo que la moda instala, es preciso ensalzarlo, adorarlo, divinizarlo; y, si al través de tantas metamorfosis, que bien pueden denominarse calamidades del dia, hay un sér desventurado que se muestra dolorido, ¡pobre de él! el eco del ridículo lo sepulta en su silencio. ¡Pobres maridos! ¡vosotros sois los mártires! vosotros, que candorosos vivís en el seno de la ilusion, ni sufrís, ni os quejais.—¿Y de qué?—Tampoco teneis razon.—¿Y si nos quejamos?—Será del peso de vuestro desconsuelo; pero que os eleva todo un monumento histórico. ¡Pobres amantes!... que sonreis con la esperanza sin saber que la asesinais en medio del torbellino que arrecia, arrecia, como el mar agitado, á medida que os engolfais en sus ondas!—¿Pero qué importa, no es cierto?—Así se quiere, y cuando se quiere una cosa, no hay mas que hablar.

Madrid, y queda todo dicho de una vez, tiene mas peligros que el mar glacial: hay en él tambien sus osos blancos, que esperan que el maredage arroje una mísera víctima, para devorarla. Si *Gryptogame* hubiera en sus viages venido á Madrid, hubiera tenido mas que contar que su aventura de la ballena.

II.

A todo esto estamos á oscuras acerca de lo que se llama en la corte el Ariel. Tiene tambien sus peligros, y peligros que se los doy al mas pintado.

Los domingos y demas fiestas de guardar, son los dedicados al Ariel. Cualquiera que inverte en la regia capital, sabe ya en qué pasar el rato, á no ser que lleve su sistema económico hasta tal grado, que se contente con pasar las tardes charlando con las estatuas de la fuente de las Estaciones, ó arrojando algun mendruguito de pan á los cortesés patitos del mar del Retiro. Los cafés en las horas vespertinas son cuerpos cubiertos con un sudario. No hay mas que elegir entre el Ariel y compañía, ó las escenas ya mencionadas.—¡Imposible! ¡imposible! ¿no es así?—¡Aburrirse un sér humano en la corte! vaya, vaya, ¡eso es delirar! responderá la elegante valenciana, ó el adonis provinciano.

Paseábame la otra tarde por los fantásticos bosquecillos del Botánico, y al llagar á las rampas que conducen al jardin, tropiezo con otro prógimo: era este un conocido escritor, y en su solitario paseo entreteníase hablando con un libro que tenia bajo su vista. Al llegar el uno frente del otro nos dirigimos el saludo de costumbre; por supuesto acompañado de su cómica exclamacion.

—¿Qué lees, chico?

—Hombre, nada: hojeabo estas páginas que dicen

algo sobre las miserias de la vida conyugal.

—¡Vida conyugal! Mira, Balzac en eso es un tonto de á folio.

—Será lo que se te antoje; pero para que te convenzas de lo fiel pintor que es de la vida conyugal, sígueme.

Y llevóme tras del estanque de las campanillas, que hoy no tiene ninguna, y por consiguiente no se sabe si pertenece al gusto chinesco; y mostrándome uno de los banquillos, hizome descubrir una pareja que en melancólica fortuna conversaba bajo el fanal que forma el follage de los árboles.

—¿Ves aquel *duetto* romántico?

—Sí.

—Pues es un ex-ministro y la... la...

—La... la qué...

Y posando sus labios sobre la entrada de mi órgano auditivo, como temeroso de que el viento arrebatase el eco de su voz, balbuceó un nombre. —¿Quién era? —Solo daré al pasto del vulgo, que aquel ministro pasado, estaba al lado de una linda y tierna esposa, cuyo marido creía llevar en su bolsillo la prueba de la confianza conyugal.

Balzac era fiel pintor.

III.

El sol se ocultaba. Las sombras de la noche venían á cubrir el espejo acuático con su ceniciento velo: las medias tintas se ostentaban en aquel cuadro donde la naturaleza era forzada. El viento de Guadarrama horadaba nuestros gabanes, y como la guadaña de la muerte solo quiero verla en caricatura, nos pronunciábamos por la retirada de aquellos sitios, solo apacibles cuando son calorificados por Febo. En nuestra marcha, descubríamos cien sombras que se evaporaban entre los espesos troncos de los árboles.

A la casualidad de este paseo, que me había hecho participe de un secreto, debí mi asistencia al Ariel, al que fui convidado por mi amigo; no creo deba decir, que este era muy aficionado á las escenas de grande movimiento.

IV.

Aun no he dicho qué cosa es el Ariel y estamos en el número cuatro de los párrafos de este croquis-social-madrileño; pero para todo hay tiempo. Yo mas que otro ansiaba hallarme en el Ariel, porque habíanme prometido y casi asegurado de que pasaría una buena tarde. Contaba los dias de la semana, como el avaro las piezas que ha de relegar al monetario hermetico, como el pescador de oficio las piececitas que engancha en el anzuelo: así fué que el domingo llegó para mí como el día en que un pretendiente realiza el deseo de aumentar el muy largo catálogo de las sanguijuelas de la patria. Para mí, toda aquella pesada mañana fueron instantes de impaciencia: solo pensaba en el Ariel, y al balbucearlo me parecía ser otro Edipo acosado por el terrible eco que partía de lo profundo del panteon.

También en mí había alguna parte de miseria; pero no de miseria conyugal, puesto que aun puedo ponerme en venta en el mercado de los vírgenes terrestres.

(Se continuará.)

Dentro de muy breves dias debe ausentarse para la corte el retratista Codecasa, que sin duda contrajo un mérito relevante, con las acabadas muestras de retratos espuestos al público, y que fueron iluminados por él, por el nuevo método de daguerreotipos sobre papel que nuestro compatriota y amigo don Pascual Perez ha practicado el primero en España. Es un deber nuestro recomendar tan útil invento, que muchas personas han podido aplaudir, y felicitamos á los artistas por su laboriosidad y gusto en complacer al público.

Pensamientos.

La economía es la madre de la largueza. (Mad. Geofrin.)

Los que escriben como hablan, por bien que hablen, escriben muy mal. (Buffon.)

La locura no es mas que un egoismo impetuoso. (Mad. de Stael.)

Para deshacerse de un importuno, no hay como pedirle algo prestado. (Mad. Puisieut.)

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

ANTONIO DE LEIVA, *drama en verso, en tres actos, precedido de un prólogo*, por D. Juan de Ariza.—RONDA—LLA ARAGONESA, *por el Sr. Oudrid*.—LA BARBERA DEL ESCORIAL, *pieza cómica en un acto*.

CUANDO España y Francia principiaron sus famosos altercados sobre la posesion del territorio napolitano, vivía en una alquería de la Rioja el Labrador Antonio de Leiva, amante de la hija del marques de Pontevado, cuya ilustre cuna se ocultaba mañosa y forzadamente al amparo del hogar y rústicos arreos que le brindara la hospitalidad mas generosa. Pero ¡ay! descubre Leiva el incógnito, auséntanse Diana y su padre, y el Labrador que gozaba su porvenir entre Ceres, Venus y Baco, con-

sagra su vida á Marte y consigue hacerse un lugar en la historia. Hasta aquí el prólogo, versificado con buen gusto, si bien podía ser mas escaso en monólogos de esos en que el poeta mira de hito en hito al público, como quien dice: quiero halagarte. Tampoco nos es mas fácil convencernos de la sinceridad de las intenciones de Diana, puesto que si amaba verdaderamente á Leiva, no debió fomentar su pasión con plácidos idilios y deslumbradoras promesas, recelosa como ya se manifiesta del insuperable inconveniente que debía oponer la aristocrática obstinación de su padre. Mas sea así ó de otro modo, ya que por desgracia no aparecen mas personas que justifiquen á los ojos del público la posición un tanto aislada de los dos amantes, entremos en el drama, salvando aunque violentamente 22 años y quien sabe cuántas leguas hasta llegar al célebre día en que un valeroso rey de Francia lo perdió todo, menos la honra, que regaló á los españoles. Toda la acción está reducida á describir el carácter firme de Leiva en el cerco de Pavia, coronando gloriosamente el desenlace la gran victoria de este nombre. Así, la composición del Sr. Ariza se resiente de episódica por mas que la traición que su amada delata, pretenda dominar el plan y apoderarse de la atención del espectador. Cuando este juzga haber visto el primer acto de un drama apasionado y de invención, se le traslada violentamente ante un lienzo en que solo aparece una figura histórica: el general Antonio de Leiva. Todos los rasgos, todas las escenas, todos los incidentes tienden á caracterizar este personaje; los españoles son valientes, para que Leiva lo parezca mas; Diana es heroína para que sea digna de su héroe. Traiciones, estrecheces, parlamentos, motines, y estocadas, todo se aduna al rededor del general labriego, con tal de que tanto retazo episódico contribuya á bosquejar el cuadro descriptivo, animado é histórico en que campea la España antigua personificada en uno de sus ilustres hijos. Aunque no conceptuamos muy verosímil que una madre delate una traición que envuelve en sus misterios á un padre, un hijo y un esposo, las bellas situaciones y patrióticos versos que nos proporciona la conspiración, hacen tolerable tal irregularidad. En suma, *Antonio de Leiva* ha sido aplaudido con justicia mas como recuerdo histórico, y cuadro de bellezas poéticas, que como drama de clásica perfección ó de romántico enredo.

El Sr. Lombía no dió á su papel toda la entonación marcial y gallarda apostura que el espectador presentia; el poeta brillaba sobre el actor algunas veces, y otras este era aplaudido, mas por el estudio y sentimiento que dejaba comprender, que por lo que realmente acababa de decir. Lástima es ciertamente que la Sra. Gimenez no posea un órgano vocal adecuado á la expansión y concentración de su sensibilidad en pasajes de terror; bien que en cambio, sus exagerados esfuerzos como madre, casi siempre obtienen palmadas.

Que la *rondalla aragonesa* agradó, es indudable, puesto que fue repetida; es de un efecto vespertino que no hay mas que pedir. *La Barbera del Escorial* es un chavacano fin de fiesta, en que el Sr. Fernandez nos hace representar el papel de simples. *Bandera negra* y *Guzmán el Bueno* han pasado para no volver: el pelo de la dehesa ha honrado al Sr. Lombía; la hermana del carretero ha sido aplaudida en la persona de la Sra. Andres, y nosotros quedamos esperando el Mesías prometido, ó

sea la Sra. Villó. Unos dicen que sí, otros que no, y el articulista sigue la opinión contraria. Mas fácil será acaso que desaparezcan los dos parches que paralelamente deshonran nuestro telón de boca, y el mango del contrabajo izquierdo que protesta contra la vista de algunos abonados, que saber cuándo vendrá el bolero que ha de traernos noticias de la ópera, al decir de cierto gracioso colega.—C. Pascual y Genís.

BIBLIOGRAFIA.

MUSICA DEL DUENDE, su partitura completa para piano y canto.—Ninguna obra dramática ha conseguido hasta ahora el honor de cincuenta representaciones continuadas que lleva esta célebre opereta cómica en la corte, sin que se sepa hasta qué número hayan de llegar, pues que el teatro de Variedades ofrece la misma llena que en los primeros días, y el *Duende* es obra que tiene incuestionablemente asegurado gran porvenir. La partitura completa del *Duende* para piano y canto formará un cuaderno de unas 120 láminas de música elegantemente grabadas, con bonitas cubiertas que se darán por suscripción, y de una vez, por 30 rs. en Madrid, y 34 en provincias, que saldrá cada lámina á dos cuartos, precio sumamente económico. La obra quedará terminada para fin de diciembre: pasada esta fecha costará la obra á 50 y 54 rs. Se admiten suscripciones en la imprenta de D. José Mateu, plaza del Embajador Vich, núm. 12.

REVISTA UNIVERSAL, bajo la dirección de D. Alejandro Llorente. Cada mes se publicará un número de unas 200 páginas, de impresión esmerada, con tipos nuevos en la forma del prospecto. Se reparte y se halla de manifiesto en la citada imprenta. Cada tres números formarán un tomo de 600 páginas. Su precio en Madrid por un mes 10 rs., y 12 en provincias, no admitiéndose en estas por menos de tres meses por 30 rs. por el correo, franco de porte. El primer número saldrá á luz en enero próximo.

LA ILUSTRACION. Periódico universal adornado de láminas, sobre todos los sucesos de actualidad. Redactado por D. Angel Fernandez de los Rios. El tomo 2.º que se publique el año próximo de 1850, formará obra completa. Por 50 rs. en Madrid y 60 en provincias, texto de 40 tomos en 8.º y mas de 700 láminas de todas dimensiones. Por 80 rs. en Madrid y 100 en provincias, sin descuento alguno se recibe franco *La Ilustracion* y el *Semanario Pintoresco* durante todo el año de 1850. *La Tierra* y el *Atlas Geográfico*, y un Almanaque pintoresco mensual de gabinete, si se manda el semanario por cuadernos mensuales. En todo la materia de 60 tomos y mas de 1300 láminas. Se admiten suscripciones en la citada imprenta, donde se reparten los prospectos.

LA AZUCENA. Semanario de literatura, con ribetes de satírico-jocoso. Inofensiva, pero impávida, vuelve á renacer *La Azucena* amenazando transformarse en cardo á la primera invectiva. El número 1.º saldrá el domingo 16 del actual. Precio: 2 rs. en Valencia, y 3 en provincias, franco. Se suscribe en la librería de Oliveres, calle del Mar, núm. 14, y en la calle de Barcelonina, taller de Herraiz.

ACADEMIA DE BAILE

ESTABLECIDA EN LA CALLE DE LA PESCADERIA NUM. 1.º

Su director ha dispuesto trasladarla, en los días festivos, al salón de la calle del Empedrado, frente al horno de la Estrella; estando dispuesto á recibir en dicho local á sus discípulos, y á los que tengan á bien favorecerle con su asistencia, por la tarde de 3 á 6 y por la noche de 8 á 12.

Imprenta de D. José Mateu Garin.